

N O T A S

De Julián Marías.

PRÓLOGO A "NUESTRA AMÉRICA", DE GERMÁN POSADA MEJÍA *

Germán Posada es un joven colombiano que escribe de historia. Y aquí empieza la dificultad. Porque es pulcro, escrupuloso, con espontánea tendencia a la precisión: basta leer su prosa clara, correcta, ceñida, sin vaguedad ni hojarasca, para verlo. ¿Y es ésa la dificultad? —se preguntará—. ¿Hay condiciones mejores para escribir de historia? Ciertamente no. ¿Estribará la dificultad en ser colombiano, por ventura? ¿No tiene Colombia, justamente, una larga tradición de esas virtudes intelectuales de sobriedad, mesura y buen sentido? La dificultad viene de la unión de las dos cosas: de que, como antes he dicho, este joven colombiano escribe de historia.

Como Germán Posada es inteligente, se siente y se sabe profundamente colombiano; pero, por ser inteligente, sabe también que para ser colombiano necesita no quedarse en ello: tiene plena conciencia de ser hispanoamericano; y esta condición, a su vez, lo remite inexorablemente a otra más sutil y distinta: una filiación española. Germán Posada mira a España con viva emoción, con inequívoco amor. Mi primer impulso ante ello es de gratitud; pero bien pronto se superpone a este sentimiento otro, de menor temperatura quizá, pero acaso más pertinente: la complacencia intelectual. Porque Germán Posada

* *Nuestra América. Notas de historia cultural*, es un ensayo de interpretación histórica que aparecerá próximamente como publicación del Instituto Caro y Cuervo. Anticipamos el enjundioso prólogo escrito para este libro por don Julián Marías y cuyo texto ha cedido amablemente el doctor José Manuel Rivas Sacconi. *STVDIVM* se honra anunciando la notable obra del joven intelectual antioqueño e invita a sus colaboradores e intelectuales, en general, a un debate sobre los conceptos que en torno a la realidad hispanoamericana expone el distinguido filósofo peninsular (*N. de la D.*).

experimenta ante España muchas cosas, pero sobre todo una impresión de pertenencia. Y ante esta triple vinculación que en él se descubre —a Colombia, a Hispanoamérica, a España—, se empieza a desvanecer la preocupación, se empieza a confiar en que pueda escribir perspicazmente de historia.

Hacer esto requiere, en efecto, saber de qué se está hablando, acaso podríamos decir “de quién”; con otras palabras, estar en claro sobre cuál es el sujeto de la historia. Que esto no es fácil, resulta evidente hoy en cualquier campo; en Hispanoamérica, la dificultad sube de punto. No hay historia —lo he estudiado en otros lugares— sin convivencia sucesiva; el sujeto de la historia es en cada caso una unidad de convivencia, en forma concreta, el sistema de las diversas unidades que, a su vez, en un sentido distinto “conviven”. A primera vista, las unidades de convivencia son los “países”, casi siempre identificados con los “Estados” (no siempre justificadamente); en la Europa moderna —y por analogía y extensión, muchas veces abusiva, en todo el mundo actual—, interpretados como “naciones”. Ahora bien, ni siquiera en la Europa moderna —todavía menos en la de nuestro siglo— son las naciones unidades de convivencia plenas, saturadas y suficientes; pero aparte esta reserva, inequívocamente lo son, y es lo que permite, siempre que se hagan las correcciones debidas, hablar con sentido de historia de Inglaterra, Francia o España; con un poco menos sentido de la de otras naciones como tales.

Una unidad social no es simplemente un grupo de hombres en “presencia” —lo que se entienda por “presencia” es, a su vez, función de la estructura social—; está definida primariamente por un sistema de vigencias comunes, es decir, usos, creencias, ideas, estimaciones, pretensiones. En Europa existe —y sobre todo ha existido— un núcleo de vigencias españolas, francesas, inglesas, alemanas, etc., que ha constituido el torso de las sociedades respectivas. Es cierto que dentro de cada una de éstas había vigencias parciales y restringidas, regionales; y que todas ellas estaban sometidas al sistema general de las vigencias europeas, que constituyen el fundamento de esa sociedad más tenue que llamamos Europa; y que en los últimos tiempos se superpone a ésta otra más tenue aún, pero no menos real: Occidente. Pero las unidades de convivencia plena, las sociedades en sentido estricto, son las naciones, cuya tremenda realidad —desfigurada y desorbitada por todos los nacionalismos— es bien visible.

Esta situación no se da en América, ni en el Norte ni en el Sur; y las diferencias dentro del hemisferio son tales, que tan pronto como se empieza a hablar de América en conjunto se enturbian las cosas y no se entiende nada; más de cuatro libros, que hubieran podido ser excelentes si se hubiesen atenido a un área determinada, resultan inservibles por pretender explicar “la” realidad americana en cualquiera de sus aspectos. El caso que aquí me interesa es la América española —que no es un todo homogéneo, por supuesto, pero sí un todo—. Los diversos países hispanoamericanos, aunque sean Estados

independientes, no son sociedades suficientes; quiero decir que las vigencias propias de cada uno son sólo una fracción —y no la más importante— de las que ejercen su presión sobre cada individuo y así configuran su vida. Las vigencias colombianas, argentinas, peruanas o chilenas no son las decisivas: dejan fuera enormes porciones de la vida; su presión es, además, relativamente leve. Más que usos, propenden a ser costumbres. Esto las aproximaría mucho a las vigencias regionales europeas, haría de los diferentes países enormes "regiones" de una colosal sociedad: Hispanoamérica. La hipótesis es tentadora y sugestiva. ¿Hasta qué punto es justificada?

En buena proporción lo es. Entre los países de Hispanoamérica, como entre las regiones de un país europeo, falta la relación de extranjería en un sentido estricto —de ahí la inconfundible impresión de "guerra civil" que provoca toda contienda entre naciones hispanoamericanas—; la unidad de la lengua es el fenómeno en que más manifiesta se hace tal condición. La diferencia "nacional" no es primaria ni fácilmente distinguible: se es argentino o venezolano o colombiano después de ser hispanoamericano, como modificación o matiz de ello; el oído ejercitado distingue la lengua —fundamentalmente la entonación— de los diferentes países, pero no más que en España se advierte el acento andaluz, asturiano o gallego, y los sentimientos concomitantes son muy parecidos. Las vigencias de cada país tienen un acusado matiz "tradicional" y vernáculo, como las regionales (y no las nacionales) en Europa; la literatura ha reflejado casi siempre esta situación. Cuando a un país de Hispanoamérica le acomete un acceso de soberbia, su reacción espontánea no es la de afirmarse como "el mejor" (como las naciones de Europa han hecho siempre, primero unas y después otras), sino la de segregarse como "aparte" y distinto (igual que las regiones en sus pasajeros ensoberbecimientos). Sobre todo, cuando se trata de orientar su vida, el hombre hispanoamericano no puede referirse exclusiva ni fundamentalmente a las vigencias propias de su país, sino que se encuentra ya desde luego configurado, limitado, dirigido, inspirado por las que le vienen de una totalidad mucho más amplia y común a otros muchos. He llamado "insertivas" a las sociedades regionales, porque a través de ellas se realiza la inserción del individuo en la sociedad general; cada región define el modo concreto en cada caso de ser español, francés o alemán; de manera análoga, los modos de lo hispanoamericano son lo colombiano, mejicano, paraguayo, etc.; incluso tal vez —con restricciones en las que no puedo entrar— lo brasileño.

Pero si lleváramos más allá las analogías regionales caeríamos en error. Porque lo decisivo de la región europea —a diferencia de su origen: el "reino", "ducado", "condado" medieval— es que pertenece a una sociedad *sensu stricto* y plena, la nación, de la cual vienen las presiones más fuertes y enérgicas al individuo, e igualmente los estímulos más eficaces. Y esto es precisamente lo que falta en América: la realidad plena de Hispanoamérica como tal. Dicho con otras palabras:

mientras "hacia dentro" los países hispanoamericanos funcionan como regiones, "hacia afuera", por no existir una sociedad superior saturada (como en Europa son las naciones), funcionan como naciones, esto es, se comportan como unidades "suficientes" dentro de una "sociedad" tenue (como lo es hoy por hoy Europa en su conjunto).

Y aquí interviene España, si no me engaño. La diferencia capital entre América y Europa viene de la diversidad de sus génesis históricas, y por tanto de la constitución de sus sociedades respectivas. Las naciones europeas han estado desde el principio en Europa, es decir, ésta ha preexistido como un ámbito previo a todas ellas. Lejos de ser Europa la "suma" de sus naciones, las precede y funda, todas están "hechas de ella", que es su sustancia histórica, y por eso Europa está presente en cada una como su sustrato más hondo. El vínculo que liga entre sí los diversos países hispanoamericanos no es, en cambio, ningún sustrato amerindio común, que nunca existió; tampoco una sociedad general hispanoamericana, que todavía hoy existe de modo deficiente. Lo que liga a las diferentes naciones de la América española es precisamente eso, su origen español: si no el más corto, el camino real entre dos países de Hispanoamérica pasa por su raíz, por España. La comunicación directa entre ellos es esencial, quién lo duda, y debería intensificarse en lo futuro; pero ni es la originaria ni —no conviene engañarse— es todavía considerable.

Estos son los problemas —no se trata, por supuesto, de soluciones— con los que tiene que habérselas todo el que en el área de la América española quiera hacer historia. A la metodología histórica general —tan frecuentemente ignorada— habría que agregar una particular, exigida por la estructura social de esa porción del mundo occidental que llamamos Hispanoamérica. Todo espíritu sincero y perspicaz lo advierte, porque esa situación forma inexorablemente parte de su propia realidad. Así, Germán Posada, colombiano, sentiría como un quimérico imposible la renuncia al resto de Hispanoamérica; en algún sentido no muy claro pero sí muy efectivo, es suyo; en Méjico, por ejemplo, se siente casi "en casa"; también es su patria. Y encuentra que la explicación de esto se encuentra al otro lado del Atlántico, en España, que también —en otra forma— le pertenece, la cual pertenece a otro nivel. Estas emociones —porque lo son y deben serlo— actúan en su pensamiento, condicionan su manera de ocuparse de historia de los países hispanoamericanos. Si se llevara clara teoría a estas nobles emociones que impregnan los escritos de Germán Posada, joven colombiano, se tendría toda una metodología de la investigación histórica y se conocería una realidad apasionante: la estructura social de la América española.

JULIÁN MARÍAS.